

aparición le pareció un delito, casi una grosería. ¿Qué es lo que quería, pues? ¿No tenía bastante con haber ofendido á la señora de Arnoux? Peor para ésta, eso era aparte. En aquel momento aborrecía á todas las mujeres, y le ahogaban las lágrimas por ver su amor desconocido y su concupiscencia engañada.

La Mariscala entró, presentándole á Cisy.

—He invitado á este caballero. He hecho bien, ¿no es verdad?

—Perfectamente; ya lo creo. Y Federico, con sonrisa de ajusticiado, hizo seña al caballero de que se sentara.

La Mariscala se puso á leer la lista de los platos, deteniéndose en estos nombres extravagantes.

—¿Si tomáramos, por ejemplo, una rueda de conejos á la Richelieu y un pudding á la Orleans?

—Nada de Orleans—exclamó Cisy, que era legitimista y creyó haber dicho una gracia.

—¿Prefiere usted un *turbot* ojo á la *Chambord*?—repuso ella.

Aquella galantería chocó á Federico.

La Mariscala se decidió por una sencilla cazuela de cangrejos, trufas, una ensalada de piña y sorbetes á la vainilla.

—Después veremos. ¡Andando! ¡Ahl se me olvidaba: mozo, trágame usted un salchichón, pero sin ajo.

Y llamaba al mozo, joven, golpeaba el vaso con su cuchillo; tiraba al techo las migas de pan, y quiso beber enseguida vino de Borgoña.

—No se toma de ese desde el principio,—dijo Federico.

Algunas veces se hacía, según el vizconde.

—No, nunca.

—Sí, por cierto; se lo aseguro á usted.

—¡Ahl! ¿lo ves?

La mirada con que acompañó ella aquella frase, significaba: «Este es un hombre rico, escúchale.

La puerta se abría á cada paso, los mozos chillaban y en el gabinete de al lado alguien golpeaba un vals sobre un infernal piano.

Las carreras llevaron luego la conversación á tratar de equitación y de los dos sistemas rivales. Cisy, defendía á Baucher, Federico al conde de Aure, y Rosanette se encogió de hombros, diciendo:

—Basta, por Dios, él entiende más que tú de estas cosas.

Moidía á todo esto una granada, con el codo apoyado sobre la mesa; las bujías del candelabro delante de ella oscilaban con el viento; aquella luz blanquecina daba á su cutis tonos nacarados, rosa á sus párpados, brillo á sus ojos; el rojo de la fruta se confundía con la púrpura de sus labios, sus delgadas narices temblaban, y



toda su persona ofrecía algo de insolente, ébrio y ahogado que exasperaba á Federico, y le inundaba, sin embargo locos deseos.

Después preguntó Rosanette con voz tranquila, á quién pertenecía aquel gran landó de librea castaña.

—A la condesa de Dambreuse,— contestó Cisy.

—Son muy ricos, ¿no es verdad?

—Sí, muy ricos, por más que la señora de Dambreuse, que era sencillamente la señorita Boutron, hija de un gobernador, tenga una fortuna modesta.

Su marido, por el contrario, debía reunir muchas herencias, Cisy las enumeraba; como visitaba á los Dambreuse, conocía su historia.

Federico, para disgustarlo, se empeñó en contradecirle. Sostuvo que la señora de Dambreuse se llamaba de Boutron, aseguraba su nobleza.

—Sea lo que quiera, yo desearía tener su tren —dijo la Mariscala, recostándose en su butaca.

Y la manga de su vestido, levantándose un poco, descubrió, en su muñeca izquierda, un brazalete adornado con tres ópalos.

Federico lo vió.

—¡Calla! pues..

Miráronse los tres y se pusieron enternados.

La puerta se entreabrió discretamente, apareció el ala de un sombrero, y después el perfil de Hussonnet.

—Perdonen ustedes si les molesto, enamorados.

Pero se contuvo, admirándose por ver á Cisy, y de que Cisy hubiese ocupado su sitio.

Trajeron otro cubierto, y como tenía mucha hambre, cogía al azar entre los restos de la comida, carne de una fuente, fruta de una cesta, bebía con una mano mientras se servía con la otra, y á todo esto daba cuenta de su misión.

Los dos tutús estaban en el domicilio. Nada nuevo ocurría por allí. Había encontrado á la cocinera con un soldado, falso cuento, inventado únicamente para hacer efecto.

La Mariscala descolgó de la percha su capota. Federico se precipitó á la campanilla gritando desde lejos al mozo:

—Un coche.

—Tengo el mío —dijo el vizconde.

—Pero caballero.

—Sin embargo, caballero.

Miráronse fijamente en las pupilas, ambos pálidos y las manos temblonas.

Por fin, la Mariscala tomó el brazo de Cisy, y dijo señalando al bohemio sentado á la mesa:

—Cuidele usted que se ahoga, y no quisiera



que su sacrificio por mis perrillos le ocasionara la muerte.

La puerta se cerró.

—¿Y bien?—dijo Hussonnet.

—Y bien, ¿qué?

—Yo creía...

—¿Qué es lo que usted creía?

—¿Pero es que usted no...?

Y completó su frase por un gesto.

—Eh; no, jamás.

Hussonnet no insistió más.

Al invitarse éste á comer, se propuso un objeto. Su periódico, que ya no se llamaba *El Arte*, sino *El bota-fuego*, con este epígrafe: «Artilleros, á vuestras piezas», no prosperaba absolutamente y tenía deseos de transformarlo en revista, solo, sin el auxilio de Deslauriers. Habló nuevamente de su antiguo proyecto y expresó su plan del presente.

Federico, no comprendiendo indudablemente, respondía vagamente, y Hussonnet, empuñando muchos cigarros de encima de la mesa, dijo: «Adiós, amigo», y desapareció.

Federico pidió la cuenta; era grande, y el mozo esperaba su dinero, servilleta al brazo, cuando otro, un individuo pálido que se parecía á Martinon, vino á decirle:

Dispense usted; en el mostrador se han olvidado de incluir el coche.

—¿Qué coche?

—El que ese caballero tomó antes para llevar los perrillos.

Y la fisonomía del mozo se alargó como si compadeciera al pobre joven. A Federico le entraron ganas de golpearle. Dió de propina las veinte pesetas que le devolvieron.

—Gracias, excelencia—dijo el hombre de la servilleta con un gran saludo.

Federico pasó el día siguiente rumiando su cólera y su humillación. Reprochóse él no haber abofeteado á Cisy. En cuanto á la Mariscalá, juró no volverla á ver; no faltaban otras tan bellas, y puesto que era necesario dinero para poseer esas mujeres, jugaría á la Bolsa el precio de su finca, se haría rico, aplastaría con su lujo á la Mariscalá y á todo el mundo. Cuando llegó la noche se admiró de no haber pensado en la señora de Arnoux.

—Mucho mejor ¿para qué?

Al otro día, á las ocho, vino Pellerin á visitarle. Comenzó por admiraciones acerca del mobiliario, de las monerías. Después, bruscamente le preguntó:

—¿Estaba usted en las carreras el domingo?

—¡Ah, sí!

Entonces el pintor clamó contra la atonomía de los caballos ingleses, elogió los de Gerçault, los caballos del Partenon.



—Iba con usted Rosanette, y empezó su elogio diestramente.

La frialdad de Federico le desconcertó. No sabía cómo llegar al punto del retrato.

Su primera intención había sido hacer un Tiziano. Pero, poco á poco, la variada coloración de su modelo le redujo; y había trabajado francamente, acumulando pasta sobre pasta y luz sobre luz. Al principio, Rosanette pareció encantada; sus citas con Delmar interrumpían las sesiones y dejaron á Pellerin tiempo bastante para deslumbrarse. Luego se apaciguó la admiración y le preguntó si su pintura no carecía de grandeza. Había vuelto á ver los Ticianos, había comprendido la distancia, reconocido su falta, y se puso á repasar sus contornos sencillamente. Enseguida había procurado, desgastándolos, perder en ellos, mezclar los tonos de la cabeza y los de los fondos; y la figura había tomado consistencia, las sombras vigor: todo parecía más firme. Por fin la Mariscala había vuelto. Hasta se había permitido objeciones; el artista, naturalmente, había perseverado. Después de grandes furoros contra su tontería, se dijo que quizás tuviera razón ella. Entonces había comenzado el período de las dudas, sacudidas del pensamiento que provocan los calambres de estómago, los insomnios, la fiebre, el disgusto de sí mismo; tuvo valor para hacer retoques, aunque sin

corazón y sintiendo que su obra era mala.

Lamentábase solo de haber sido rechazado del salón, después reprochaba á Federico de no haber ido á ver el retrato de la Mariscala.

—¡Bastante me importa la Mariscala!

Aquella declaración le envalentonó.

—¿Creería usted que aquella bestia no lo quiere ya ahora?

Lo que no decía era que le había reclamado mil escudos. En su vista, la Mariscala se había preocupado poco de saber quién pagaría, y prefiriendo sacar de Arnoux cosas más urgentes, ni siquiera le había hablado del asunto.

—Y bien ¿y Arnoux?—dijo Federico.

Ella lo había dirigido á él, pero el antiguo comerciante de cuadros no tenía qué hacer del retrato.

—Sostiene que eso pertenece á Rosanette.

—Y con efecto, es de ella.

—¡Cómo! ella es la que me envía á usted—replicó Pellerin.

Si él hubiera creído en la excelencia de su obra, quizás no hubiera pensado en explotarla. Pero una suma (y una suma considerable) sería un mérito á la crítica, una confirmación para sí mismo. Federico, para librarse de esto, inquirió sus condiciones cortesmente.

La extravagancia de la cifra le rebeló, contentando:



—No, ¡ah! no.

—Es usted, sin embargo, su amante, usted es el que lo ha pedido.

—Permítame usted; yo he sido el intermediario.

—Pero yo no puedo quedarme con eso entre las manos.

El artista se amostazó.

—No le creía á usted tan Cupido.

—Ni yo á usted tan avaro. Servidor.

Acababa se marcharse cuando Sénecal se presentó.

Federico turbado hizo un movimiento de inquietud.

—¿Qué hay?

Sénecal contó su historia.

—El sábado á las nueve, recibió la señora de Arnoux una carta que la llamaba á París; como casualmente, nadie se encontraba por allí para ir á Creil á buscar un coche, deseaba que yo mismo fuera. Lo he rehusado porque eso no entraba en mis funciones. Se marchó y volvió el domingo por la noche. Ayer mañana se presenta Arnoux por la fábrica. La Bordelesa se ha quejado. Yo no sé lo que pasa entre ellos; pero él ha levantado la multa delante de todo el mundo. Cambiamos algunas palabras vivas, y en fin, que me pagó mi cuenta y aquí estoy.

Después deteniéndose en las frases, añadió:

—Por lo demás, no me arrepiento; he cumplido con mi deber. No importa; pero usted es la causa.

—¿Cómo?—exclamó Federico temiendo que Sénecal hubiera adivinado.

Sénecal nada había adivinado, puesto que añadió:

—Quiero decir, que sin usted hubiera quizás encontrado cosa mejor.

Federico sintió una especie de remordimiento.

—¿En qué puedo servir á usted, ahora?

Sénecal pedía un empleo cualquiera, una plaza.

—Esto le es á usted fácil. ¡Conoce usted tanta gente! El Sr. Dambreuse, entre otros, según me ha dicho Deslauriers.

Este recuerdo de Deslauriers fué desagradable para su amigo. No pensaba volver por casa de los Dambreuse, después de su encuentro en el Campo de Marte.

—No soy bastante íntimo en esa casa para recomendar á nadie.

El demócrata pasó aquella negativa estoicamente, y después de un minuto de silencio añadió:

—Todo esto, estoy seguro, procede de la Bordelesa y también de su señora de usted la de Arnoux.



Aquel *de usted* arrancó del corazón de Federico lo poco de buena voluntad que conservaba. Por delicadeza, sin embargo, cogió la llave de su escritorio.

Sénécal le detuvo.

—Gracias.

Después, olvidando sus miserias, habló de las cosas de la patria, las cruces honoríficas prodigadas el día del rey, un cambio de Gobierno, los asuntos Drouillard y Bénir, escándalos de la época, clamó contra la clase media y predijo una revolución.

Un *crié* japonés, colgado de la pared, detuvo sus miradas. Lo cogió, ensayó el mango. después lo arrojó sobre el canapé, con aire de disgusto.

—Vaya, adiós. Necesito ir á Nuestra Señora de Loreto.

—Calla para qué?

—Por que hoy es el funeral del aniversario de Godofredo Cavaignac. Ese murió, manos á la obra. Pero no todo se ha concluido... Quién sabe...

Y Sénécal alargó la mano valientemente.

—Quizás no nos volvamos á ver nunca, adiós.

Aquel adiós, repetido por dos veces, aquel entrecejo fruncido al contemplar el puñal, su resignación y su aire solemne, sobre todo, hicieron soñar á Federico; pero bien pronto dejó de pensar en ello.

En la misma semana le envió su notario del Havre el precio de su finca, ciento setenta y cuatro mil pesetas.

Hizo dos partes del dinero, colocó la primera en valores del Estado y fué á llevar la segunda á casa de un agente de cambio para arriesgarla en la Bolsa. Comía en los restaurants de moda, frecuentaba los teatros y procuraba distraerse, cuando Hussonnet le escribió una carta contándole alegremente que la Mariscala había despedido á Cisy al día siguiente de las carreras. A Federico le agradó aquello sin preocuparle de por qué el bohemio le noticiaba la aventura. La casualidad quiso que encontrara á Cisy tres días después. El caballero puso buena cara y hasta le invitó á comer para el miércoles siguiente.

Federico en la mañana de aquel día, recibió una notificación de alguacil, en la que el Sr. Carlos Juan Bautista Oudry le manifestaba que por fallo de los tribunales había adquirido una propiedad situada en Belleville perteneciente al Sr. Jacobo Arnoux, y que estaba pronto á pagar las doscientas veinte y tres mil pesetas importe de la venta. Pero que de la misma acta resultaba que la suma de las hipotecas con que se hallaba gravado el inmueble excedía del precio de la adquisición, quedando el crédito de Federico completamente perdido.



Todo el mal venía de no haber renovado en tiempo oportuno una inscripción hipotecaria. Arnoux se encargó de aquella comisión y enseguida la había olvidado.

Federico se incomodó contra él y cuando pasó la cólera, dijo:

—¿Después de todo... qué? Si eso puede salvarle tanto mejor; no me moriré por eso; no hay que pensar más en ello.

Pero revolviendo sus papeles sobre la mesa encontró la carta de Hussonnet y vió la postdata en que no se había fijado la primera vez. El bohemio pedía cinco mil pesetas, cifra redonda para arreglar el asunto del periódico.

—¡Ah! ¡Lo que es este no me fastidia!

Y se negó brutalmente en una carta lacónica; después de lo cual se vistió para ir á la Maison-d'or.

Cisy presentó á sus convidados, empezando por el más respetable, un caballero grueso de pelo blanco:

—El marqués Gilberto des Aulrays, mi padrino. El Sr. Anselmo de Forchambeaux,—dijo después (era éste un joven rubio y flaco, ya calvo); luego, dirigiéndose á un señor de cuarenta años, de maneras sencillas:—José Boffreu, mi primo, y este mi antiguo profesor el señor Vezon, personaje mitad carretero, mitad seminarista, con grandes patillas y una levita larga, abrochada

en la cintura por un solo botón formándole pechera y pechuga.

Cisy esperaba todavía á uno, el barón de Comaing, «que quizás vendrá aunque no es seguro.» A cada momento salía, parecía inquieto; y por último, á las ocho entraron en una sala magníficamente alumbrada y demasiado espaciosa para el número de los convidados. Cisy la había escogido por bambolla, expresamente.

Véase un centro de plata sobredorada, cargado de flores y frutas, en medio de la mesa, que estaba cubierta de platos de plata, según la antigua moda francesa; los platitos de entremeses llenos de salazones y especias, formaban el adorno de todo alrededor; había de trecho en trecho jarros de vino rosado helado; cinco copas de diferente tamaño estaban alineadas delante de cada sitio, con cosas de uso desconocido, mil utensilios de boca ingeniosos; y solo para el primer servicio se contaba: una cabeza de sollo rociada de champagne; un jamón de York con tokai; zarzales al frito; codornices asadas; un *vol-au-vent* Béchamel, un salteado de perdices rojas, y á los dos extremos de todo, esto hileras de patatas mezcladas con trufas. Una araña y varios candelabros alumbraban la habitación, colgada de damasco encarnado. Cuatro criados, de frac negro, se hallaban situados detrás de los sillones de taflete. Ante



aquel espectáculo, los convidados se deshicieron en ponderaciones, el preceptor especialmente.

—Palabra de honor que nuestro anfitrión ha hecho verdaderas locuras. Esto resulta demasiado hermoso.

—¿Esto?—dijo el vizconde de Cisy—venga, venga. Y á la primera cucharada añadió:

—Respetable des Aulnays ¿ha estado usted en el palacio Real á ver *Padre y Portero*?

—Ya sabes que no tengo tiempo—contestó el marqués.

Sus mañanas se dedicaban á un curso de arboricultura, sus noches al Círculo Agrícola, y todas sus tardes á estudios en las fábricas de instrumentos aratorios. Vivía en la Saintonge las tres cuartas partes del año, y aprovechaba sus viajes á la capital para instruirse. Su sombrero de alas anchas, colocado sobre una consola, estaba lleno de folletos.

Cisy advirtió de que de Forchambeaux rechazaba el vino y exclamó:

—Beba usted ¡qué demonio! No está usted alegre po ser esta la última comida de soltero á que asiste.

Al oír aquellas palabras, todos se inclinaron felicitándole.

—Y la joven—dijo el preceptor—será encantadora, seguramente.

—¡Pardiez!—exclamó Cisy—Pero no importa, hace mal: ¡es tan estúpido el casamiento!

—Hablas ligeramente, amigo mío—replicó el Sr. des Aulnays, derramando una lágrima al recuerdo de su difunta.

Y Forchambeaux replicó muchas veces seguidas, con risa falsa:

—Ahí parará usted también, ahí parará usted.

Cisy protestó. El prefería «divertirse, ser libre.» Quería aprender á manejar los puños, para visitar los barrios bajos de la *Cité* como el príncipe Rodolfo de los *Misterios de Paris*; sacó de su bolsillo un *rompe-cabezas* trataba con aspereza á los criados, bebía excesivamente; y, para dar de sí buena opinión, denigraba todos los platos. Despreció hasta las trufas, y el Preceptor, que se deleitaba con aquello, dijo con bajeza:

—Esto no vale lo que aquellos huevos helados de su señora abuela.

Después se puso á hablar con su vecino el agrónomo, que encontraba en la residencia del campo muchas ventajas, aunque no fuera más que la de educar á sus hijos en gustos sencillos. El preceptor aplaudía aquellas ideas y le adulaba, suponiéndole influencia con su discípulo, de quien secretamente deseaba ser el agente de negocios.

Federico venía lleno de mal humor contra